

## Hotel Real de Xochiquetzal. Lunavista69

*Pilar Cabrera Fonte*

Ciudad de México

Estimada Doctora Granados:

¡Muchísimas gracias por la sugerencia de añadir ‘Selene especular’ al título de “Autorreflexión y feminismo en las cartas de Sor Aleteia de la Encarnación”! Tiene usted toda la razón: ¡ese término es un eslabón clave entre la correspondencia y la obra poética de Sor Aleteia! Es cierto que cotejar la edición de Dourakis con los originales del Convento es un paso importante que aún me falta y que deberá afectar de alguna manera el contenido, pero la estructura me parece ya sólida y una vez completado ese paso la tesis va estar completa, así que no veo ninguna razón para aplazar la fecha del 7 de abril para la defensa. Llevo tantos meses trabajando en la tesis que ya sueño con ella prácticamente todas las noches. Creo que me voy a sentir mejor después del examen. A veces ya no duermo tratando de responder a las preguntas que pudieran hacerme. Pero bueno, sé que es normal y que todes pasamos por eso.

Le llevo de regalo a la Madre Josefa de Jesús unos dulces rellenos de higo que compré en una escala que hizo el autobús en Orizaba. Por supuesto, no me olvido de la carta y del paquete que usted le envía. Ya estoy a solo dos horas del Convento de Santa Clara. Mañana por la mañana estaré allí. El primer autobús sale a las siete del pueblo donde me quedo esta noche, Xochiquetzal. ¿Usted por casualidad se ha quedado aquí alguna de las veces que ha visitado Santa Clara? Es muy interesante lugar. Llegué atardeciendo. Cruzamos unas vías y pasamos junto a una vieja estación de ferrocarril abandonada, toda invadida por la vegetación. Perdió el techo completamente y por encima de las paredes se asoman los árboles. Cuando llegué al hotel más cercano que aparecía en mi mapa, encontré el portón cerrado. Toqué varias veces la aldaba, pero como nadie venía, tuve que llamar a gritos junto a la reja de la ventana. Al fin una señora bastante mayor entreabrió la puerta y asomó la mitad de la cara. Me explicó que en ese hotel estaba todo reservado con mucha antelación, cosa que me pareció muy extraña porque no se veía luz en ninguno de los balcones. Pero si está vacío, le dije. Me dijo que si caminaba todo calle abajo y luego iba en la tercera calle a la izquierda, subiendo la loma y recto hasta topar con pared, encontraría otro hotel, el Del Parral. Para esto, no había parado de llover y estaba yo empapada, pensando en mi cuaderno y un par de libros que traje, y en los dulces de higo. Ay señora,

le dije, por compasión (y le juro, doctora, que ya se me salían las lágrimas, por el cansancio seguramente), ¿no tendrá aunque sea un catre donde pueda quedarme solo por esta noche?

— Lo siento, repitió. Ya está todo reservado.

—Ay señora, por favor, se lo suplico. Vengo desde la capital. Han sido más de treinta horas en autobús...

Y ya no sé ni qué más le dije, pero sí sé que me corrían las lágrimas aunque estaba tan empapada que quizá no lo notó. La señora nada que se compadecía, y si no me cerraba la puerta en la cara es porque yo la estaba deteniendo. Imagínese que le conté toda mi vida, el motivo de mi viaje, que me iba al día siguiente a las siete al Convento de Santa Clara; es más, creo que hasta el nuevo título de mi tesis se lo dije completo, “‘Selene especular’: Autorreflexión y feminismo en las cartas de Sor Aletea de la Encarnación”. Y creerá usted que tanto llorar y rogar dio resultado, pues de pronto me dijo, ¿quieres pasar a tomarte un agua de jamaica?

Cruzamos el zaguán hasta un salón en penumbra. Dejó sobre una mesa la lámpara que llevaba en la mano, y me dejó sentada chorreando en una butaca de metal dorado con cojines muy gastados de terciopelo rojo. Regresó con una jarra y dos vasos sobre una charola; los sirvió y se sentó en la butaca junto a la mía. A esa hora y con tanto estrés, el agua de jamaica me pareció un elixir divino. El reflejo de la lámpara flotaba como un pez en la transparencia encarnada del vaso. Un reloj tocó una melodía y luego sonó las ocho.

—¿Y tú por qué quieres escribir sobre Aletea?

Bueno, pues no solo porque Sor Aletea de la Encarnación es la poeta, hombre o mujer, más grande que ha dado México desde Sor Juana, sino porque a diferencia de lo que ocurre con la Décima Musa, a Sor Aletea la crítica la ha minimizado sistemáticamente, bajo supuestos contradictorios e igualmente falaces. Desde el Padre Suárez de Magaña ha existido la corriente que insiste en leer la obra de la poeta como un destilado intelectual y hermético de las sagradas escrituras y de la obra de los místicos españoles. De manera que cada línea de Sor Aletea aludiría de alguna manera a los misterios del cristianismo, a la cábala, o alguna oscura controversia teológica. Por otro lado, desde Octavio Paz hasta Aída Beaupied, hay quienes insisten en leer a Sor Aletea a contraluz de todo lo que supuestamente ella reconfiguró del simbolismo y de las vanguardias europeas a través de su óptica de religiosa mexicana. Esa corriente ha tenido aportaciones importantes, sobre todo las que subrayan la radicalidad del feminismo de Sor Aletea (que hasta hoy no falta quien se empeñe en negar). En todo caso, críticas y críticos como estes no han sabido leer a Sor Aletea en sí misma, sino siempre a contraluz de Mallarmé o Saint John Perse o algún otro hombre europeo y blanco, cuando lo que necesitamos es leer a Sor Aletea de la Encarnación en la propia lengua de Sor Aletea de la Encarnación ....

No sé qué tanto más le dije a la pobre anciana. Sé que repasé las respuestas de dos o tres de las preguntas que sin duda me harán en la defensa. Sin darme tiempo a terminar una frase, salió otra vez dejándome sola en ese salón lleno de espejos y terciopelos decolorados, y en un instante regresó con una toalla que me puso entre las manos. Yo para entonces estaba temblando de pies a cabeza, como me sucede últimamente cada vez que me pongo a hablar sobre la tesis.

Dos pisos más arriba, por sobre sendas balaustradas de madera que miran sobre el salón, suerte de patio central, la lluvia estaba pegando más fuerte ahora sobre un gran

tragaluz oscurecido. Le agradecí la toalla y la bebida. Ven conmigo, me dijo. Por el sonido del agua me di cuenta de que pasábamos junto a una fuente, rodeada por una verdadera profusión vegetal. Subimos muy lentamente un largo tramo de escaleras, y atravesamos el corredor del primer piso. En los muros entre las puertas de las habitaciones había fotografías coloreadas. No alcancé a verlas muy claramente. ¿Son bailarinas? A mitad del corredor del segundo piso, al que subimos más lenta y trabajosamente aún, llegamos hasta una puerta que por su tamaño y ornamentación parecía una habitación muy principal. La señora sacó una llave del bolsillo de su delantal. Como las otras, esta puerta estaba flanqueada por retratos de fotografías coloreadas, pero estos estaban iluminados por lámparas de cristal fijas a la pared. Mientras la llave se revolvía en la cerradura y la madera hinchada por la humedad se arrastraba sobre el piso, observé a la joven semidesnuda del retrato coloreado: los brazos alzados en arco y los dedos ensortijados en movimiento, la sonrisa imperceptible y los ojos refulgentes enmarcados por la cabellera recogida, el chal sobre los brazos dejando al aire los hombros, desnudos el vientre y el torso salvo por un brasier enjoyado y una suerte de collar que le colgaba hasta bifurcarse como un tallo ambarino encima del ombligo, la cintura minúscula, los muslos bien marcados bajos los pliegues de la falda celeste cruzada de cadenitas doradas. La famosa Amarylis de Xochiquetzal, me anunció la señora recuperando el aliento. Por esta época el General Plutarco estaba perdido por ella. Sí. Ese mismo. El Elías Calles, el Presidente. Como viera mi expresión, sonrió por primera vez una sonrisa con muy pocos dientes y me dijo, ay hija, si tú supieras. Lo que pasa es que las cosas de este pueblo no se cuentan en los libros. Tarcoso, Tarcosito, le decía ella. Y también mi cochinito. Lo traía comiendo de su mano, al General. Pero pasa, no te quedes ahí parada.

Encendió la lámpara junto a la entrada. Al verme contemplando el dosel y las cortinas rojas me aclaró enfáticamente que ya nadie ocupaba esa cama. Encendió otra lámpara que iluminó las dos puertas de espejo de un armario, el balcón entreabierto, y un diván: aquí puedes dormir. Según me explicó, este hotel funcionó como prostíbulo hasta entrados los años cuarenta; luego estuvo abandonado mucho tiempo, hasta que lo compró la nueva dueña. En sus mejores tiempos llegaba gente importante de todas partes del país y también de fuera: artistas, políticos, y el muy asiduo presidente de la República antes mencionado. Para mi gratísima sorpresa, antes de salir, la señora me tendió un papelito con la contraseña del WiFi.

Estoy agotada, pero quería que supiera usted dónde estoy, que he leído cuidadosamente sus últimos comentarios, y que ya estoy muy cerca de completar este importantísimo paso faltante en mi tesis.

¡Muchísimas gracias de nuevo por su lectura y sus observaciones siempre tan certeras! Usted lo sabe, Doctora Granados, pero déjeme repetírselo una vez más: yo jamás habría llegado hasta donde estoy hoy de no ser por usted. Le escribiré en cuanto regrese y a los pocos días le enviaré la versión final.

Un saludo cordial,  
Tamara  
Estimada Doctora Granados:

Discúlpeme por llenar de mensajes su buzón, pero es increíble lo que he estado mirando en las últimas horas. No puedo creer que no se sepa nada de esta mujer, Amarylis de Xochiquetzal... una búsqueda rápida en la red y en las bases de datos de la universidad no indican nada en lo absoluto.

Pues fíjese que después de que la señora del hotel se fue, me recosté en el diván e intenté dormir. Sentía un vaivén como de olas o como si siguiera rebotando en los baches de la carretera. Así que me paré y me puse a caminar por la habitación. Así andando me dio por abrir las puertas del armario. En él encontré una vieja maleta y varios maletines. No puedo darle una idea de la cantidad de cartas y fotografías, recetas de cocina o de farmacia, dibujos botánicos, anatómicos y como de ciencia ficción... Dejé todo tal como lo encontré, o eso espero. Porque este lugar, bueno, una archivera calificada tiene que visitarlo. ¡Hay docenas de cartas firmadas por “Tu Tarcoso”, “T. Tarcoso” o simplemente “T”, quien en efecto no debe ser otro que el Presidente Calles!— así lo sugiere también la cantidad de recortes de periódicos y revistas de la época con fotografías suyas intercaladas con la correspondencia. Las cartas se extienden por más de un año y se ponen cada vez más patéticas. Hay declaraciones de amor, promesas, súplicas de perdón, referencias a regalos de rubíes y esmeraldas, quejas por las negativas de Amarylis a dejar “la vida Bohemia” y amenazas con no volver a verla, quitarle todo lo que tiene, meterla en la cárcel y hasta matarla. Hacia las últimas fechas hay algunas amenazas de suicidio de “Tarcoso”, seguidas por lamentaciones sobre lo nefasto que tal pérdida sería para el destino de la nación, así como una serie de imploraciones para que Amarylis le reserve a él en exclusiva el derecho a “comerle el ostioncito”, “pulirle la perla” o “dorarle la cerradura del paraíso”. Queda claro por las cartas que una práctica inflexible de Amarylis era no entrar en ningún comercio ni permitirle a sus clientes ninguna otra forma de intimidad o caricia si estos fallaban en primero procurarle a ella un cunnilingus satisfactorio. Parece que tenía estándares muy altos a este respecto. “Tarcoso” pasó semanas atormentado por la sospecha de que ella no apreciaba estéticamente su boca ni su bigote, que él aseguraba que por desgracia no podía afeitarse pues era un sello distintivo suyo desde la Revolución. Por otra parte, no se cansa de repetirle lo efectivo que él es para el asunto de las metáforas arriba referidas, y le recuerda constantemente un elogio que ella le había hecho sobre sus ojos y cejas y que tenía que ver con la canción aquella de un par de ojitos negros que de la sierra morena vienen bajando. Queda claro que “T.Tarcoso” aborrecía a otros amantes distinguidos de Amarylis, y muy especialmente a un famoso compositor yucateco cuyas canciones constantemente, según él, hacen referencia a ella. Parece que el compositor dejó Mérida y se fue a vivir a Los Ángeles por esas fechas.

Sé que debería acostarme a dormir. Tengo que salir de aquí a las cinco de la mañana. Este asunto de Amarylis de Xochiquetzal y sus relaciones con un presidente no puede venir a distraerme ahora. Pero quería que supiera usted acerca de este hallazgo tan curioso.

Hasta muy pronto,  
Tamara  
Dra. Granados:

¡No sé ni cómo decirle! ¿ Me puede por favor enviar su número de teléfono? ¡Tengo que hablar con usted de inmediato! ¡Acabo de hacer un descubrimiento que es una auténtica revelación sobre Sor Aleteia! No hay nada en toda la bibliografía que sugiera ni remotamente lo que acabo de descubrir. Tiene que ver con Amarylis de Xochiquetzal— la sexoservidora de la que le hablo en mis correos anteriores. Por favor envíeme su número enseguida. Es MUY IMPORTANTE. Mientras tanto, mire por favor la foto del retrato adjunta. Aun en blanco y negro se ve muy claramente. La mujer desnuda que está de frente, sentada sobre la cama, es Amarylis de Xochiquetzal. La otra, la que está junto a ella sentada de espaldas, si se fija bien su cara se refleja en el espejo de la puerta abierta del armario que está detrás de la cama. Mírela bien. Claro, no trae la cofia. ¿Dígame si no es Sor Aleteia? Febrero 7, 1926, es la fecha escrita al pie. Y mire la caligrafía debajo: “Dueño Imposible de la Noche— Selene”. Si tiene a la mano la edición de Dourakis, mire por favor la foto que le mando junto a la foto en la cubierta del libro. Lo tengo frente a mí. Si la mujer junto a Amarylis en esta fotografía, en este hotel o burdel a dos horas del convento de Santa Clara, no es Sor Aleteia de la Encarnación, tiene que ser su hermana gemela. Mi número es 55 3737 0865. Llámeme a cualquier hora de la noche o la madrugada, se lo ruego.

¡¡Gracias!!  
Tamara

Estimadísima Doctora Granados:

En lo que me llama, estoy sentada en el balcón de Amarylis de Xochiquetzal esperando el amanecer. Tuve que salir al aire por miedo a desmayarme o a quedarme dormida. Y así mientras le escribo de paso dejo un récord de los detalles por si luego se confunden en mi mente.

El otro documento relevante, la carta de Amarylis a Sor Aleteia, no lo encontré en el mismo maletín donde estaba la foto sino guardado solo en el fondo de una maleta, debajo de la imagen de una Santa, una de esas estampitas que se venden por ahí. Adjunto la foto de la estampa y la de la carta. Como verá, se trata de Santa Lucía. No está firmada con el nombre completo de Amarylis pero tampoco podría pedirse tanta transparencia, ¿no cree usted? Hablando de transparencia, Doctora Granados, quiero que usted sepa que desde antes de poner un pie en su seminario sobre Sor Aleteia, desde antes de entrar a la Facultad, desde que la oí en el foro de la librería Ghandi hablar sobre el alma simbolista y el sueño, usted cuenta con mi admiración más completa y profunda, y esa es la pura verdad inamovible, y este preámbulo seguramente es innecesario, pero mientras me debato con la idea de que en unas horas debo llegar (si antes no me desmayo, es la falta de sueño, seguramente, pero también puede ser que me haya bajado el azúcar). Con mucha pena me estoy ahora mismo comiendo los dulces de higo, una delicia que me deja los dedos pegajosos de almendra y azúcar. Es un tomatito esta figura que muerdo ahora, la anterior era una pera, me quedan solo dos, quizá me recupere, más aún si la señora del hotel me ofrece un café y aunque sea una galleta. Se oyen los gallos desde hace mucho rato y ya se distingue contra el horizonte lleno de estrellas el contorno de un árbol alto y muy

extendido, es una ceiba. Pues en honor a la transparencia, me pregunto si en unas horas que logre llegar hasta el Convento de Santa Clara (lamentablemente sin los dulces de higo que le traía yo de regalo a Madre Josefa de Jesús), antes o después de ver los originales de las cartas, sería prudente sacar el tema de la obvia relación entre Amarylis y Sor Aleteia. Ojalá me llame usted antes de que llegue a Santa Clara. Me encantaría que me aconsejara, a lo mejor ni se me ocurriría la posibilidad de mencionar este descubrimiento a la Madre Josefa de no ser porque, completamente sin querer, mientras buscaba en la bolsa los dulces de higo, noté que la caja del regalo que usted manda estaba deshaciéndose, no noté que estaba medio rota. Pues tratando de secar la caja se deshizo el cartón... No se preocupe: moví el vibrador a la bolsa en que venían los dulces. Lo envolví en una blusa y quedó bien y sobre todo muy discreto. Le confieso que me causó muchísimo asombro en primera instancia, luego comprendí que en qué lugar resultaría más útil un vibrador que en un convento. Y precisamente este regalo a la Madre me hace comprender que todo lo que yo había yo asumido sobre la vida en el convento de Santa Clara, desde Sor Aleteia hasta ahora, ¿y quizá desde antes de ella incluso...? Pues seguramente lo que yo en mi ignorancia había asumido carece de fundamento. El aire está frío y fresco y el olor de la lluvia de ayer me hace revivir un poco, aunque todavía siento que el piso se mueve como una tabla sobre el oleaje o como si rebotáramos por la carretera hacia Xochitquetzal. Un café después de los dulces (ya no queda ninguno, un periquito verde y amarillo era la última figurita), y pensaré de nuevo con claridad, estaré lista para la visita. ¿Cómo sé que esta carta está escrita por Amarylis de Xochitquetzal? Los nombres que usa: los mismos de la foto. Fíjese a quién le dirige la carta: “Encantadora Selene”, y fíjese cómo firma: “Dueño tuyo y de la noche, A.”. Y fíjese en la parte que dice: “iría contigo a esconderme al convento pero tú sabes que yo me muero en el silencio”. Hace referencia a un hombre muerto, al parecer envenenado, en el “Real de X.”, y habla del imperativo de irse lejos por tiempo indefinido. Es obvio que leía, Amarylis, y no sería la primera en comparar a Aleteia con Sor Juana. Mire usted donde escribe “lo que se dijo antes, se dijo también de ti. Contigo es así como escribió el caballero del Perú:

Mas después que vos salisteis  
A ser del Orbe prodigio,  
Y de Ángel, hombre y mujer  
Organizado individuo...  
Pues después de vos es nada  
Todo lo que antes ha sido...

Ya son casi las cinco y el cielo definitivamente aclara. Nunca había oído un escándalo de pájaros como este. Me voy. Ojalá me llame usted en las próximas horas. Doctora Granados: voy a necesitar que por favor aplacemos la fecha de mi examen.

Atentamente, Tamara